

ESPACIO ABIERTO

La adicción como búsqueda de identidad: una base teórica psicosocial para una intervención eficaz

Addiction as a search for identity: a psychosocial approach for an effective intervention

Anastasio OVEJERO BERNAL

Departamento de Psicología. Universidad de Oviedo

RESUMEN

Las adicciones, sean del tipo que sean, son, como todo lo humano, fenómenos sumamente complejos que implican simultáneamente a todas las esferas de quien las sufre (cognitivas, emocionales, sociales, etc.), de tal forma que ninguna teoría puede, por sí sola, dar completa cuenta de ellas. Necesitaríamos un abordaje abiertamente **interdisciplinar**. Porque las adicciones son muchas cosas a la vez. Pero quizás más que ninguna otra sean fenómenos esencialmente **psicosociales**. Pues bien, ésa será justamente la perspectiva, la **psicosocial**, que se pretende adoptar aquí. Más en concreto, lo que se intentará mostrar es la estrecha relación existente entre las adicciones, de cualquier clase que sean, tanto físicas (por ejemplo, el alcoholismo, el tabaquismo o la dependencia a cualquier otra sustancia química) como psicológicas y sociales (por ejemplo, la sumisión ciega a cualquier modalidad de secta), y un concepto tan central para entender al individuo y su conducta como es la **identidad**. Se tratará, pues, de explicar el comportamiento adictivo como la **búsqueda de una nueva identidad**. De ahí que, en el ámbito de las adicciones, las personas y los grupos de riesgo sean precisamente aquellas personas y aquellos grupos con problemas de identidad (adolescentes, marginados sociales, grupos con problemas de integración social, etc.).

Finalmente, la anterior propuesta posibilita también una mayor eficacia a la hora de **intervenir**, intervención y prevención que deberían ser, por tanto, eminentemente **psicosociales** y dirigidas a reducir las dificultades que en la esfera de su **identidad personal y social** poseen las personas y grupos de riesgo, haciendo hincapié sobre todo en tres formas básicas de intervención: mejora de las habilidades sociales, apoyo social e intervención sociocomunitaria.

PALABRAS CLAVE

Identidad personal, identidad social, adicciones

ABSTRACT

Addictions are, as any human behavior, very complex phenomena with simultaneous implications for the person who suffers the addiction, therefore no theory alone can give a complete account of the addictive behavior. Further more, an interdisciplinary approach is required because addiction means many things. From our point of view, the explanation of the addictive behavior needs a psychosocial perspective, since the addiction is, in essence, a psychosocial phenomenon. We will try to show the close relationship between physiological (alcoholism, smoking, or any other substance dependence), psychological and social addictions (i.e., complete submission in the context of sects) with identity -a central concept to understand the individuals and their behaviors is the seeking of a new identity. That is why in the study of addictions, the individual and the risk groups usually are those individuals/groups with problems of identity (adolescents, socially detached individuals, groups with social integration problems, etc.). This connection between identity and addictive behavior can be used to achieve higher levels of efficiency in prevention and intervention programs. Therefore, these programs should be based on a psychosocial approach and should be directed to limit social and individual identity problems, paying special attention to three basic intervention strategies: social skills, social support and community intervention.

KEY WORDS

Personal identity, social identity, addictions

1. INTRODUCCION

Como escribía hace unos años J.A.C. Brown (1978, p. 230), "la idea de hombre que casi todos nosotros, a pesar de todas las pruebas en contra, todavía tenemos, es una reminiscencia tanto del individualismo y del racionalismo del siglo XVIII como de las esperanzas del Renacimiento, y creemos que el ser humano civilizado es un individuo aislado, único en su 'yoidad', que busca a los demás para el amor o la compañía pero que es esencialmente independiente de ellos, que intercambia relaciones -es decir, él hace algo por su vecino y éste se lo devuelve haciendo algo a su vez por él, pero los dos permanecen básicamente inalterados en el proceso- y que, por encima de todo, salvo en lapsos lamentables pero breves de impulsividad, es

un ser razonable. 'Yo soy yo' parece una de las verdades más fundamentales". Pero ello no es así. Por el contrario, añade Brown, "la gente es mucho más variable de lo que se acostumbra a suponer, los límites de la personalidad están mucho más vagamente definidos, y puede incluso suceder que ciertos procesos patológicos como una enfermedad orgánica del cerebro o la demencia de la esquizofrenia crónica provoquen la casi total desintegración de la personalidad... La conciencia del yo surge de los mensajes recibidos del entorno material, de las sensaciones dentro de nuestros propios músculos que nos informan de cambios en el espacio, del sonido de nuestra voz, y por encima de todo, de la forma en que reaccionan otras personas frente a nosotros mismos; en un sentido real, el yo está formado por las apreciaciones y refle-

jadadas de los demás y por los roles que tienen que desempeñar en los diversos grupos sociales. No es que nos limitemos a **tener** experiencias, sino que **somos** nuestras experiencias". Y así, cuando tenemos problemas con nuestra identidad, buscamos otras experiencias que nos proporcionen una nueva identidad.

Además, es sabido, aunque de ello no se saquen las suficientes implicaciones, que el lenguaje impone formas concretas de pensar y de ver la realidad. De ahí que toda psicología sea no sólo psicología social, sino claramente **psicología colectiva**, ya que el lenguaje es algo construido colectivamente. Y el lenguaje categoriza absolutamente. Como decía Roland Barthes, el lenguaje es fascista, porque nos obliga a utilizar unos términos y no otros. Así, lo mismo que distingue con brutalidad entre, por ejemplo, lo masculino y lo femenino, igualmente distingue con tanta o más rotundidad entre individuo y sociedad o entre cuerpo y espíritu (o psique, si se prefiere), cuando tales distinciones son construidas por el propio lenguaje y por su afán por categorizar. Pero pensamos con nuestro lenguaje y, por tanto, pensamos categorizando y diferenciando con rotundidad entre individuo y sociedad o entre cuerpo y espíritu, por no poner ahora sino sólo dos ejemplos, justamente los que más me interesa señalar para entrar en el tema que aquí nos ha traído: el de las drogodependencias.

Aplicada al campo de las adicciones esta forma estereotipada de ver la realidad, constatamos que con cierta generalidad se tiende a distinguir entre "drogas del cuerpo" (anfetaminas, heroína, alcohol, etc.) y "drogas del espíritu" (sectas, lavado de cerebro, ludopatías, etc.), olvidando que la adicción afecta a la "**persona**" en su totalidad y que, a mi modo de ver, resulta un completo despropósito distinguir con tanta rotundidad, como suele hacerse, entre cuerpo y psique.

¿No habrá algunas variables o algunos procesos subyacentes a todo tipo de adicción, que sean comunes a las adicciones físicas y también a las psicológicas y sociales? ¿No puede ocurrir que las personas que se convierten en "dependientes", lo hagan por alguna necesidad, del tipo que sea, al menos en algunos casos, independientemente del objeto concreto con el que establezcan dependencia?

Y si el lenguaje nos impone una forma de ver e interpretar la realidad, incluida la realidad social, la enorme y artificial - aunque tal vez inevitable y hasta, en cierto sentido, útil- fragmentación de la ciencia y sobre todo de las ciencias sociales (psicología, historia, psicología social, sociología, antropología, lingüística, etc.), también conlleva una serie de servidumbres y limitaciones que nos imponen, también ella, una forma concreta de ver e interpretar nuestros objetos de análisis como científicos, en este caso como psicólogos, de tal forma que colocamos al individuo, por un lado, y al grupo y la sociedad, por el otro, cuando, a mi juicio sin ninguna duda ni discusión, no sólo son dos entes absolutamente indisociables sino incluso dos caras de la misma moneda. Porque sin individuos no hay sociedad, pero sin sociedad no hay individuos, como ya hace cien años propusiera Gabriel Tarde (1890). Sin sociedad, es decir, sin cultura, sin procesos de socialización, sin lenguaje, no seríamos lo que somos, ni siquiera seríamos personas. Es la incardinación en una sociedad, como parte de ella, lo que hace que el mero organismo biológico que éramos al nacer se haya ido convirtiendo en la persona que ahora somos. De ahí que, como ya apuntara Charles Blondel (1928) hace casi setenta años, toda psicología es necesariamente psicología colectiva. Por consiguiente, ¿cómo es posible separar en cualquier conducta humana su origen individual y su origen social? ¿Cómo podemos aislar, por ejemplo, las motivaciones individua-

les de una drogodependencia de sus motivaciones sociales? En consecuencia, los actuales problemas de adicción son inseparables del tipo de sociedad que tenemos, sociedad que es abiertamente postmoderna con todo lo que ello supone (véase Ovejero, 1999).

En suma, cuando una persona comienza una etapa de fuerte dependencia de o adicción a cualquier cosa como puede ser el tabaco, el alcohol, la heroína, las sectas religiosas, etc., resulta difícil, por no decir imposible, y desde luego, científicamente poco útil, subrayar una separación profunda y artificial entre adicción física y adicción psíquica, o entre causas individuales y causas sociales de esa adicción. Y es que el comportamiento humano no es algo ni sólo físico, ni sólo psíquico ni sólo social, sino definitivamente **psicosocial**. De ahí que sospechemos que pueda haber algo psicosocial en la base de las adicciones, y que la persona que comienza una etapa adictiva, lo haga, al menos en algunos casos, porque persigue un **objetivo psicosocial**.

Por otra parte, el mundo social y psicosocial es algo enormemente complejo que no se deja encasillar fácilmente en ninguna teoría. Por eso no pretendo en absoluto intentar aquí **dar la clave** explicativa de las drogodependencias, sino sólo proponer **una de las posibles claves**, muy poco tenida en cuenta, por otra parte. Me refiero a la teoría o teorías de la identidad.

2. ADICIÓN E IDENTIDAD: DOS CONCEPTOS ESTRECHAMENTE RELACIONADAS

El concepto de **identidad**, así como otros tan relacionados con él que a veces son utilizados como sinónimos, como es el caso del **"self"** o del **autoconcepto**, es un concepto eminentemente psicosocial,

uno de los conceptos más importantes de toda la psicología y, en consecuencia, uno de los más útiles para entender la conducta humana (véase G.H. Mead, 1934), incluida, obviamente, la conducta drogodependiente, individual o social, y sea cual sea el objeto del que se depende, químico, psicológico o social.

En definitiva, la tesis que aquí quiero defender es que, al menos una parte de las drogodependencias, sean éstas del tipo que sean, se debe a un intento, no siempre deliberado ni siquiera siempre consciente, del individuo de **buscar una nueva identidad personal**. Soy consciente de que no todas las adicciones se explican de esta manera, pero sí muchas de ellas. En concreto, lo que aquí pretendo es solamente proponer un **enfoque psicosocial**, el de la **identidad personal y social**, que aunque sé que, obviamente, no puede dar cuenta de absolutamente todos los casos de adicción, sí puede ser altamente interesante y útil para entender y prevenir muchos de ellos.

La identidad, que por definirla de una forma a la vez sencilla y clara, no es sino el percibirse y experimentarse a sí mismo como poseyendo continuidad y uniformidad, añade también una connotación de autovaloración positiva. Es más, a mi modo de ver, la necesidad de tener una autodefinición positiva es una de las más básicas necesidades humanas. Cuando todo esto falla, cuando tenemos problemas con nuestra autodefinición, es cuando sobreviene lo que llamamos **crisis de identidad** (Erikson, 1968).

Además, como escribe Rof Carballo, en la crisis de identidad desaparece la **confianza básica** del individuo, elemento imprescindible de todo actuar humano. Y tratará de buscar esa confianza fuera de sí mismo, a veces en las drogas químicas (alcohol, etc.), a veces en el

sometimiento, en ocasiones ciego, a grupos e ideas. De ahí que cuando se dan acontecimientos particularmente estresantes para el individuo (los cambios puberales y la adolescencia, la pérdida de un ser querido, la pérdida del empleo, etc.) y más aún cuando se dan juntos varios de estos fenómenos (por ejemplo, perder el empleo poco después de un divorcio), sobre todo si no se tienen las habilidades sociales suficientes para hacer frente a estas situaciones, es cuando existen muchas posibilidades de que se busque una nueva identidad, y en tal búsqueda no importe demasiado, al menos en esas circunstancias, pasar a depender, a veces total o casi totalmente, bien de alguna sustancia química, o bien de grupos sociales como pueden ser las sectas o un nuevo grupo de compañeros, que en cierta medida funcionarían como una especie de "secta" para el individuo que busca una nueva identidad. Estos últimos grupos, muy típicos de la adolescencia, suelen aportar al chico o chica apoyo social, pero también unos ritos y unas señas de identidad, de los que no sólo no puede prescindir, es que tampoco lo desea. Y con frecuencia el consumo de ciertos tipos de drogas, a menudo socialmente prohibidos, es una de las más claras señas de identidad de esos grupos.

De ahí también que sea en esos períodos (adolescencia, pérdida de sus queridos, etc.) cuando diferentes grupos sectarios o pseudosectarios, sectas religiosas sobre todo, pero también grupos de tipo político o parapolítico (recuérdense, por ejemplo, las Juventudes Hitlerianas), tratarán de captar a sus seguidores, ofreciéndoles una **nueva identidad social positiva** así como un fuerte apoyo social, basado todo ello en un profundo dogmatismo y una sola forma de ver la vida, que es la que los unos proponen y los otros desean. Es el caso, por ejemplo, de Jarrai en el País Vasco, que ofrece una nueva identidad social abert-

zale a aquellos jóvenes que, en paro, en barrios marginados, etc., se encuentran en una grave crisis de identidad. Probablemente sea también ésta la explicación, al menos en parte, del enorme éxito del fundamentalismo religioso en el actual mundo árabe: les proporciona a los jóvenes árabes tanto una profunda identidad social positiva como un fuerte apoyo social; o el del desorbitado éxito del fútbol en España y en otros muchos países.

La identidad positiva que se posee o incluso que se desea está estrechamente relacionada tanto con los grupos a los que se pertenece (grupos de pertenencia) como con los grupos a los que se desea pertenecer (grupos de referencia). Como escribe Brown (1978, p. 61), "independientemente de a cuántos grupos pertenezcamos, lo cierto es que de una manera voluntaria o involuntaria tomamos nuestras normas de uno o más grupos de referencia". Y, por lo tanto, si el comienzo de la adicción puede depender del grupo de pertenencia o de referencia, también la prevención o incluso la curación serán más fáciles de conseguir a través del grupo. Así, los ya clásicos estudios de T.M. Newcomb (1943) demostraron claramente el enorme poder que posee el grupo para cambiar las actitudes de sus miembros.

3. IDENTIDAD PERSONAL E IDENTIDAD SOCIAL

Para entender mejor la relación existente entre la identidad personal y la identidad social, así como muchas de sus implicaciones, se hace necesario recordar que la conducta de un individuo depende de su identidad y que su identidad emana de la posición que él ocupa en la sociedad.

Y es que la **identidad personal** la extraemos de nuestra **identidad social**,

muy relacionada con el grupo de pertenencia o con el de referencia. Ahora bien, la identidad que poseemos es realmente fundamental porque, en buena medida, determina nuestra forma de ver e interpretar el mundo; sobre todo la forma de vernos y de interpretarnos a nosotros mismos y a nuestra propia conducta; e incluso determina nuestros estilos de vida, aunque, ciertamente, hay aquí un camino de ida y vuelta, de tal forma que también el estilo de vida influye en la identidad. En definitiva, una de las variables más fundamentales de la conducta y de la personalidad del ser humano es, como ya hemos dicho, la necesidad de poseer una **autodefinición positiva**, es decir, una identidad personal positiva. De ahí que, psicosociológicamente hablando, la adicción a drogas químicas, a drogas psicológicas y a drogas sociales probablemente se base en procesos similares e incluso se parece también algo a los procesos que dan lugar a los prejuicios y a la discriminación.

De hecho, todos los grupos poseen sus ritos y sus señas de identidad (fumar "porros", beber alcohol, manifestaciones políticas, procesiones religiosas, etc.) como medio de activación de la identidad social y la solidaridad (Edelman, 1964; Pizzorno, 1986; Mann, 1991). Y es que un grupo, como decía Tajfel, no es sino un conjunto de individuos que comparten una identificación social común. De ahí que muchos movimientos sociales, como, por ejemplo, los nacionalistas o los integristas, puedan explicarse como una búsqueda colectiva de una nueva identidad, búsqueda que posee efectos psicológicos tan fuertes para los individuos que pueden perfectamente llegar a someterlos ciegamente al grupo, de una forma relativamente similar al comportamiento del individuo en una secta o al comportamiento de un individuo dependiente de una sustancia química. De ahí que, desde el punto de vista psicosocial, existen muchos

puntos de convergencia entre el comportamiento de los miembros del Templo del Pueblo, el de los de ETA y el de los adictos a drogas químicas (véase Ovejero, 1997).

En efecto, en la actual sociedad de masas son muchos los individuos que se sienten aislados. Y una forma de salir de ese aislamiento es justamente la participación en movimientos sociales. De hecho, "los participantes en ciertos movimientos han sido vistos como individuos faltos de una serie de afiliaciones institucionales y lealtades grupales" (Javaloy, 1993, p. 283). Y ésta sería la base o la raíz del moderno totalitarismo (Arendt, 1951), ya que, como ha demostrado Kornhauser (1959), en muchos movimientos totalitarios europeos y americanos comienzan a militar muchos individuos con problemas de integración, pues se sienten atraídos por el compañerismo del grupo o por la ideología contraria al sistema. Por su parte, Klapp (1959) sostiene que lo que subyace a la participación en diversos movimientos sociales contemporáneos es la búsqueda, a nivel de grupo, de una identidad colectiva. Ello equivale a un fracaso de la sociedad de masas para proporcionar al individuo un sentido del valor y dignidad personal, y un anclaje en el yo.

En suma, son muchos (Horn, 1973; Touraine, 1974; Berger y cols., 1975; Lowenthal, 1979; Melucci, 1989; etc.) quienes defienden la existencia de una clara relación entre variables estructurales de la actual sociedad y la participación colectiva como búsqueda de identidad, como consecuencia de las crecientes tensiones sociales asociadas a la industrialización, la secularización y la modernización. Así, Habermas (1981) hace referencia a la búsqueda de identidad personal y colectiva en los movimientos sociales como una reacción a la "colonización de la vida privada" (pp. 36-37).

En cuanto a las adicciones, un ejemplo evidente lo tenemos en el caso del alcoholismo. En efecto, sabemos que aunque no todas, sí muchas de las personas que beben lo hacen para adquirir una nueva personalidad y buscar una nueva identidad. Así, Brown (1978) nos recuerda un estudio llevado a cabo por una agencia que trabajaba para una destilería que intentó conocer por qué la gente bebía whisky, llegando a la conclusión de que los grandes bebedores buscan un cambio de personalidad, creyendo que el alcohol puede proporcionársela, haciendo, por ejemplo, que un hombre apocado se convierta, al menos momentáneamente, en un tipo duro.

Por otra parte, las técnicas de “lavado de cerebro” utilizadas en algunos países se basaban justamente en la destrucción de la identidad de la víctima. Por ejemplo, Stalin consiguió, en sus tristemente famosas purgas, que hombres altivos y valientes se convirtieran en cobardes rastreros al privarles de cualquier posibilidad de identificación con el partido con el que habían compartido tantas cosas durante tantos años. Con ello quedaba destruida literalmente su propia identidad personal, que ellos extraían de su identificación con el partido y de su unión, a través de ello, con las masas rusas.

Ahora bien, nuestra identidad personal, nuestro sentido del yo, la mera conciencia de la existencia de nuestra personalidad, dependen, también muy estrechamente, de la continuidad de nuestro entorno tanto físico como social. Dependemos tanto de este continuo cotejo con el entorno material y social que la desaparición artificial o accidental de esos estímulos puede producir, en breve plazo, resultados devastadores. Es más, incluso un cambio de vestimenta produce cierto efecto en la personalidad. Son conocidos, por ejemplo, los efectos uniformizadores y desindividualizadores

de los uniformes en colegios y en otras instituciones: cárceles, órdenes religiosas o cuarteles conocen, aunque tal vez no conscientemente, los efectos humillantes que tiene para el individuo el que se le despoje de sus ropas personales y se le vista con uniforme. Su propia identidad personal comienza a quebrarse (recuérdense los estudios de la Prisión de Stanford de Zimbardo (Zimbardo y cols., 1986). Todo ello constituye una parte fundamental de la base en que se sustentan los lavados de cerebro. De hecho, los prisioneros norteamericanos que resistieron las sesiones de lavado de cerebro en Corea demostraban un fuerte sentimiento de identidad personal, mientras que quienes no resistieron y se convirtieron mostraban una identidad confusa. Y es que todas las técnicas conocidas de lavado de cerebro se dirigen básicamente, en una primera fase, a que la víctima pierda su sentido de la identidad personal. Y la mejor forma, además de despojarle de su ropa personal, de sus pertenencias y hasta de su nombre, es **aislándole de sus relaciones sociales**, con lo que deja de ser él mismo, ya que nuestro sentido de la identidad personal depende principalmente de la comunicación con los demás. “Está claro que el individuo observa un código de moral personal incluso cuando está solo y esto deriva tanto de su agudo sentido de identidad personal como de las relaciones sociales y ambientales, que son las que preservan esa identidad y en gran medida la crean. Por consiguiente, el primer objetivo de cualquier técnica para el lavado de cerebro es suprimir ambas relaciones mediante métodos como el aislamiento total y la humillación” (Brown, 1978, p. 280), que, por otra parte, destroza su autoestima.

Todo lo anterior, efectivamente, tendrá importantes repercusiones sobre la intervención en el campo de las adicciones, tanto a nivel de prevención como incluso a nivel de curación.

4. ADICCIÓN Y CRISIS DE IDENTIDAD

Son numerosas las situaciones vitales que pueden producir en el individuo una fuerte crisis de identidad, particularmente cuando tal individuo no cuenta para hacerlas frente ni con las habilidades sociales adecuadas ni con el apoyo social suficiente cuantitativa y/o cualitativamente.

Este es el caso, típico, de la adolescencia, período evolutivo caracterizado, como es bien conocido, por una profunda **crisis de identidad** (Erikson, 1968, 1969), crisis de identidad que con toda probabilidad es más preocupante aún hoy día que en épocas anteriores, ya que aun cuando los adolescentes dejan de ser niños a la misma edad que hace unas décadas, e incluso antes, perdiendo, en consecuencia, su identidad anterior, sin embargo la asimilación de la nueva identidad de adulto les tarda en llegar mucho más que nunca hasta ahora, a causa principalmente de dos variables en este campo absolutamente cruciales: por una parte, el cada vez más largo período de **escolarización** y, por otro y sobre todo, el creciente **desempleo** juvenil. Ambas cosas explican que un porcentaje muy alto de jóvenes, que ya desde los 14-15 años dejaron de ser niños, aún no sean adultos a sus 20, 25 o incluso más años. Porque no olvidemos que en nuestra sociedad es la **independencia económica** lo que hace que una persona deje de ser adolescente para ser adulto y es el ejercicio de una **profesión**, donde la independencia económica es una variable importante pero no la única, la dimensión más importante para adquirir una **identidad personal** propia, derivada de su identidad social, profesional en este caso.

Todo ello explica que sean cientos de miles los adolescentes (y jóvenes) de entre 15 y 25 años que, a causa principalmente del enormemente extendido

parado juvenil, se encuentren con serios problemas de identidad social. Con ello no quiero decir que todos vayan a resolver tales problemas buscando en adicciones físicas, psicológicas o sociales, una nueva identidad personal. Pero sí me gustaría subrayar que tal situación es el caldo de cultivo para que ello ocurra (véase Ovejero, 1995), sobre todo en el caso de los jóvenes que no cuenten con las suficientes destrezas sociales y, sobre todo, con los adecuados apoyos sociales. En definitiva, no todos los jóvenes que se encuentren en esta situación acudirán a drogas de uno u otro tipo, pero muchos de quienes acuden a las drogas lo hacen como forma de buscar esa nueva identidad personal de que hablábamos. Y eso suele darse de tres formas, que, no obstante, conviene distinguir:

a) La primera es una forma directa: ante los problemas personales relacionados con la identidad, el adolescente busca en la droga (por ejemplo en el alcohol o en la sumisión a un grupo o una idea) una nueva identidad o al menos intenta con ello resolver sus problemas de crisis de identidad. No suele ser, en mi opinión, ésta una vía frecuente.

b) La segunda es indirecta: sin duda se trata de un caso más frecuente que el anterior. Por esta vía el adolescente intenta solucionar sus problemas de identidad y de ansiedad sencillamente aumentando sus tendencias afiliativas (véase Schachter, 1959), de tal forma que, tan fuertes son estas tendencias, no le importa sacrificarles todas las demás, incluso la de su propia independencia y libertad, con lo que no le importará ser captado por grupos absolutamente sectarios que le exijan la autoeliminación como individuo.

c) Existe una tercera, también indirecta, que es mucho más frecuente aún

que las dos anteriores. Aunque puede confundirse con la segunda forma expuesta, sin embargo hay una sutil pero fundamental diferencia. El adolescente lo único que busca para solucionar sus problemas de identidad personal es **asociarse estrechamente** a otras personas (Schachter, 1959), principalmente a otros similares en muchos aspectos a sí mismo (Festinger, 1954). Y en este profundo deseo de asociación adopta acríticamente todas las señas de identidad de esos grupos (atuendo, etc.). Mientras que antes no le importaba sacrificar algunos de sus intereses, ahora no es consciente siquiera de estar sacrificando nada. Así es como empieza a beber alcohol en exceso, a fumar, a inyectarse, etc. No olvidemos que el joven buscará seguridad haciéndose igual a los demás. Al igual que muchos adultos, también el adolescente, en momentos de crisis personal y ansiedad, prefiere la seguridad que le dé el grupo a la libertad (véase Fromm, 1941). Y una vez que, por unas u otras razones, alguien se ha implicado en conductas adictivas, también juega un papel importante el **hábito**. Como escribía el psiquiatra Jesús de Gándara, "el hombre es un animal de costumbres. Las costumbres son como manías que todos tenemos. Las manías terminan, al cabo de numerosas repeticiones, convirtiéndose en hábitos, una especie de vicio cotidiano que, en definitiva, es lo que otros llaman dependencia".

Pero tampoco debemos olvidar la potente capacidad de algunas sustancias químicas para crear dependencia física. Tal vez en busca de una nueva identidad, el individuo comienza a consumir ciertas sustancias; luego esta conducta va convirtiéndose en hábito; y finalmente, queda "enganchado" a ella a causa de la enorme capacidad de tal sustancia para crear dependencia. Pero no olvidemos que no todas las personas se crean tal hábito, sino sobre todo aquéllas que

necesitan buscar una nueva identidad. Así, por ejemplo, el adolescente que busca una identidad adulta que aún no se le reconoce, se compra una cajetilla de tabaco, enciende un cigarrillo y se siente adulto. El cigarrillo le ha ayudado a encontrar esa nueva identidad personal y social que buscaba: sentirse adulto. Pero, además, como son muchos los adolescentes que se encuentran en una situación similar, entre ellos muchos de sus amigos, tal conducta tabáquica es más fácil de adquirir porque se apoyan mutuamente. Tanto la dependencia física como la social explican el resto.

Todo ello se entenderá mejor si tenemos presente el papel crucial que para el adolescente tienen sus iguales (Coleman, 1985):

a) En primer lugar, el proceso de desvinculación de los padres y del hogar familiar, proceso que es considerado como una característica propia de la adolescencia, deja un vacío emocional en la vida de los adolescentes, que intentan llenar con unas más frecuentes e intensas relaciones con los compañeros.

b) En segundo lugar está el hecho de que la experiencia compartida crea vínculos entre las personas. La confianza del adolescente en sus amigos y compañeros es reforzada, pues, por el hecho de que los conflictos, angustias y dificultades experimentadas en el hogar, pueden ser compartidas con otros y son también resueltas así con frecuencia, debido a la simpatía y la comprensión mutuas.

c) Finalmente, debemos hacer referencia a la vulnerabilidad experimentada por muchos adolescentes justamente en esta época de su vida. Cuando las personas muestran una falta de confianza en sí mismos, no están seguras de sus propias capacidades y tienen que adaptarse a cambios importantes, es probable que exista una necesidad de apoyo especial-

mente intensa. Además, ya que es justamente en este momento de su vida cuando el adolescente siente menos deseos de pedir ayuda a sus padres, no es de extrañar que los compañeros ocupen una posición de enorme importancia.

Sin embargo, no me gustaría que mis palabras contribuyeran a apoyar y asentar aún más la idea, tan extendida como equivocada, de equiparar joven y droga. Nada de eso. Lo que acabamos de explicar no es en absoluto privativo de los jóvenes, sino que ellos son sólo un caso, muy frecuente, eso sí, de un fenómeno más general. En concreto, no es el ser adolescente lo que facilita la adopción de conductas adictivas, sino el hecho de sufrir serios problemas de identidad. De tal forma que cuando personas adultas se encuentran con problemas serios de esa clase también suelen ser pasto fácil de conductas adictivas (alcohol, sectas, etc.). Es el caso, por no poner sino sólo algunos ejemplos, de los recién divorciados o los que acaban de perder a alguna persona particularmente querida, o el empleo que creían fijo, etc.

5. INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL EN EL CAMPO DE LAS ADICIONES

Decía hace unos años Peter Laurie (1979, p. 8) que “de entre todos los problemas sociales, el abuso de las drogas es el de tratamiento más difícil y el más inexplicable; nadie en el mundo posee la respuesta adecuada”. Y yo tampoco pretendo en absoluto tener la respuesta. Sólo pretendo, y si lo consigo no es poco, hacer una propuesta, a mi modo de ver más útil para la prevención que para la curación, aunque puede servir para ambas cosas, basada en el modelo teórico que acabo de exponer: la adicción como búsqueda de una identidad positiva.

Como es bien conocido, a lo largo de los últimos años se han producido una serie de cambios importantes respecto de la consideración social de las personas drogodependientes, de tal forma que éstas son consideradas menos como viciosas y delincuentes y más como enfermas, lo que por fuerza conlleva también un cambio importante en cuanto a la forma de **intervención**: ya no se propugnan medidas represivas sino asistenciales, terapéuticas. El siguiente paso debería ser considerar al adicto a drogas químicas, pero también al adicto a drogas de otros tipos, como un enfermo **psicosocial**, de tal forma que la **intervención psicosocial** debería ser no la única pero sí tal vez la principal forma asistencial, sobre todo en el caso de la prevención.

No tengo ninguna duda sobre la necesidad de utilizar, principalmente en el caso de las adicciones a sustancias químicas, algunas técnicas tradicionales de prevención (cambio de actitudes a través de los medios de comunicación, campañas informativas en los centros educativos, etc.), sobre las que existe ya suficiente información. Aquí sólo quiero destacar algunas líneas de intervención típicamente psicosociales que en buena medida derivan del modelo antes propuesto.

Por eso estoy totalmente de acuerdo con Baltasar Garzón cuando escribía (1995, p. 100), siendo entonces Secretario de Estado para el Plan Nacional sobre Drogas, que “la prevención, en sí misma, es una intervención compleja. No puede confundirse prevención únicamente con propaganda, éste es sólo una manifestación más de aquélla. Hay una labor más callada pero también más eficaz y con garantías a medio y largo plazo. Me refiero a la prevención comunitaria y a la prevención a través de la educación”. Y es que, como decía el propio Baltasar Garzón (1995, p. 101), “un

drogodependiente es una persona con problemas psico-sociales”.

Todo ello le abre al psicólogo y al psicólogo social todo un abanico de posibilidades principalmente en el campo de la **prevención primaria**, aunque también tendrá su cometido en el ámbito de la **prevención secundaria y en la terciaria**. De hecho, son muchos los datos que apuntan en esta dirección, mostrando la estrecha relación entre drogadicción e identidad, aunque, obviamente, no es el único factor interviniente. Así, Neddle y cols. (1990) encontraron que el divorcio de los padres durante la adolescencia es un predictor significativo del consumo de drogas en los chicos más que cuando el divorcio se produce en la infancia, mientras que en las chicas el divorcio de los padres no tiene efecto en el consumo de drogas. Sin embargo, cuando el padre que tiene la custodia vuelve a casarse, ello es un predictor del incremento considerable en el consumo de drogas en el caso de las chicas, no así en el de los chicos.

Por otra parte, otros muchos estudios mostraron una clara relación entre fracaso escolar, fundamentalmente el abandono de la escuela, y la drogodependencia. De ahí la enorme importancia que, para prevenir todo tipo de adicciones, tiene el conseguir una adecuada integración escolar de los alumnos y alumnas, de tal forma que en la escuela, entre sus iguales, se sientan a gusto y seguros, posean un clima positivo y unas relaciones sociales satisfactorias dentro de unas redes de apoyo social suficientemente reforzantes (véase Ovejero, 1993). Pues bien, en cuanto a la prevención primaria dentro del ámbito escolar destacan dos técnicas particularmente eficaces, sobre todo en el caso de que sumen sus efectos: el aprendizaje cooperativo y el entrenamiento de las habilidades sociales (véase Ovejero, 1990, 1994, 1998), todo ello sin olvidar una

atención especial a los niños-riesgo, particularmente en la adolescencia (alumnos/as aislados incluso rechazados en el grupo-clase, los que tienen especiales problemas escolares, los que pertenecen a ciertas minorías sociales y/o étnicas si ello les crea problemas a la hora de construirse en la escuela una adecuada identidad, etc.).

Y subrayo el caso de la adolescencia¹ porque, como ya hemos dicho, es una etapa de transición particularmente problemática en cuanto a la posesión de unas identidades personales y sociales claras.

En consecuencia, si queremos prevenir todo este estado de cosas, si queremos ayudar a nuestros jóvenes, y no sólo a ellos, a no caer en las garras de estas adicciones, existen básicamente dos medidas, que en absoluto están aisladas entre sí, sino que son perfectamente complementarias y hasta casi, diría, las dos caras de la misma moneda: por una parte, fortalecer las habilidades sociales, particularmente algunas de ellas, y mejor aún si lo hacemos a través de sesiones grupales, y ayudarles a obtener el apoyo social suficiente para que se encuentren satisfactoriamente en su medio ambiente, lo que producirá una adecuada identidad tanto personal como social. Y ambas cosas deberían ser fomentadas tanto a nivel **escolar** (aprendizaje cooperativo y entrenamiento de habilidades sociales, sobre todo con métodos grupales), como **familiar** (psicología comunitaria y terapia familiar) y **social** (psicología comunitaria y asociacionismo de diferentes clases).

En cuanto al **enfoque comunitario** en particular, éste parte del supuesto de que las conductas adictivas, como cualquier otra conducta, viene favorecida tanto por los procesos de interacción del individuo con otras personas como por las características del medio ambiente

físico y, sobre todo, social. Y, por consiguiente, desde esta perspectiva, la intervención se centrará en la actuación sobre el ambiente, especialmente el social, de las personas con adicciones o en riesgo.

Y la explicación del enfoque comunitario debe hacerse tanto a nivel de prevención como a nivel de intervención propiamente dicha, o a nivel de reinserción social, nivel este último particularmente crucial desde la perspectiva de la identidad que en este trabajo estamos defendiendo. Como dicen Berjano y Musitu (1988, p. 363), “la **reinserción social** demanda el uso de todos los recursos comunitarios que puedan actuar a fin de posibilitar de nuevo la integración del adicto en su medio social de referencia”, con la finalidad, en definitiva, de que mantenga una nueva y satisfactoria identidad personal y social. Pero en la base de este enfoque comunitario está el **grupo** como entidad básica de intervención, pues es el grupo la base en que se apoyan las redes de apoyo social.

Por otra parte, si muchas personas se meten en el peligroso mundo de la droga o de las sectas con la intención de entrar en una red de apoyo social, es decir, buscando un apoyo social que no tenían y necesitaban y que les ayudará a construir una identidad positiva, entonces si queremos ayudarles a salir de tal mundo de la droga o de las sectas, debemos proporcionarles nuevas redes de apoyo social que le permitan adquirir una nueva identidad social que le aleja de ese mundo. Y es que, como hace ya veinte años escribiera Salvador Cervera, además de los procedimientos médicos de intervención, se necesitan procedimientos de intervención psicosocial dirigidos fundamentalmente a proporcionarles al toxicómano el apoyo social adecuado y suficiente para poder “desengancharse” y seguir “desenganchado”, lo que conllevaría no sólo pero sí principalmente la

utilización de técnicas de dinámica de grupos, que deberían llevarle “a modificar, de forma casi insensible pero constante, su personal modo de ver las cosas” (Cervera, 1975, p. 152).

En definitiva, la mejor forma de prevenir las adicciones de cualquier tipo, sobre todo las dos que, a mi juicio, son las más peligrosas: las sectas y las drogas, pasa por estas cuatro medidas, en cuya consecución juega un papel fundamental la familia:

1) Autonomía personal e integración social: ambas cosas están estrechamente relacionadas, hasta el punto de que la autonomía personal se fortalece mediante una integración satisfactoria en unas redes de apoyo social adecuadas. De hecho, es a individuos que se encuentran aislados a los que las drogas, las sectas y las organizaciones totalitarias captan con mayor facilidad. Y es que, como ya hemos dicho en varias ocasiones, el individuo extrae su identidad personal de su identidad social, y su autonomía y su fortaleza personales de su integración en grupos sociales. Son siempre unas relaciones sociales satisfactorias, dentro de la familia, con los amigos, etc., la mejor garantía de que se resistirá exitosamente las presiones coercitivas hacia la adicción.

2) Autoestima y fortalecimiento del yo: ya hemos dicho repetidamente que las personas más proclives a caer en las redes de las sectas son las que poseen un yo débil, unos fuertes complejos de inferioridad, una baja autoestima, etc. De ahí que cualquier técnica que mejore la autoestima y fortalezca el yo, ayudará al individuo a resistir las persuasiones coercitivas, cosa que se consigue más satisfactoriamente en situaciones sociales. Así, toda familia que pretenda proteger a sus hijos de las drogas y del peligro sectario debería ayudarles a forjarse una autoestima alta y un autoconcepto

to positivo, dándoles responsabilidad, elogiándoles por las cosas bien hechas, enseñándoles a hacer atribuciones causales adecuadas, etc. (véase Ovejero, 1988).

3) Desarrollo de un pensamiento crítico e independiente: este aspecto, que complementa perfectamente al anterior, nos dice que tanto en la familia como en la escuela es necesario enseñar a los niños y adolescentes a ser críticos, sobre todo hacia las propias figuras de autoridad. Reprimir toda crítica del niño hacia la figura parental es una de las vías para la formación de una persona autoritaria y para que, llegado el caso, caiga con facilidad en manos de drogas, sectas y grupos autoritarios, que se caracterizan justamente por el culto a la personalidad y por la ausencia de toda crítica. De hecho, es el desarrollo del pensamiento crítico el que permite el mantenimiento de la autonomía y la independencia, y, como dice Zipf (1960), las personas con mayor necesidad de independencia poseen también una mayor resistencia a las influencias coercitivas.

4) Prestar atención al primer eslabón: la eficacia demostrada tanto de las sectas como de las drogas depende, entre otras razones, de que utilizan la llamada técnica de aproximaciones sucesivas. De ahí que haya que tener mucho cuidado con no caer en el primer eslabón, porque pasar al segundo será ya algo más fácil, y pasar de éste al tercero, más fácil aún.

Finalmente, quisiera mostrar algunas directrices concretas y útiles, de cómo se podrían implementar en la práctica estas medidas tanto en la familia como en la escuela. Así, la sobreprotección de los niños no fortalece precisamente su autoestima. Por tanto, por el contrario, habría que acostumbrarlos a enfrentarse a problemas en parte similares a los que

les dará la vida. Igualmente, habría que acostumbrarles a ser críticos, por ejemplo, con la información proporcionada por la televisión, de tal forma que, por ejemplo, sería interesante que tras ver juntos una película o una serie televisiva, padres e hijos pequeños discutieran las normas sociales que sutilmente se quiso fomentar, como por ejemplo la necesaria posesión del coche o la utilización del móvil, etc.

6. CONCLUSIÓN

En resumidas cuentas, el elemento más central en la formación de la personalidad y en la conciencia de una identidad personal son los demás, las relaciones interpersonales. Es la **interacción social** la que nos ha llevado a convertirnos en lo que somos. Y cualquier cambio en nuestra personalidad y en nuestra identidad personal pasa por un cambio importante en esas relaciones y comunicación interpersonales, en la interacción social, en definitiva. Y esos cambios pueden ir básicamente, al menos para los propósitos que aquí nos interesan, en dos direcciones:

a) Por un lado, puede haber una desaparición de la comunicación y las relaciones interpersonales, sin ser sustituidas por otras nuevas, lo que siempre es negativo y dejan al individuo, tal vez más aún si es adolescente, a merced de cualquier nuevo "adoctrinamiento" que le puede llegar. De ahí que sean justamente las personas aisladas (en la escuela, por ejemplo, los que tienen menos amigos, los más aislados o incluso rechazados, sociométricamente hablando) las más vulnerables a la acción de cualquier "lavado de cerebro" del tipo que sea (drogas, sectas, etc.).

b) Por otro lado, puede haber, por diferentes razones (cambio de profesión, traslado de la familia por razones laborales,

cambio de centro escolar por comenzar una nueva etapa educativa², cambio de domicilio como consecuencia de un divorcio, etc.), un cambio de relaciones sociales (cambio de amigos, cambio de personas conocidas, etc.) que, a su vez, provoca un cambio en la identidad personal de los afectados. Por consiguiente, habría que prestar atención a estas situaciones y proporcionar la posibilidad de unas relaciones sociales adecuadas a quien se encuentra en tales circunstancias, a través fundamentalmente, creo, de diferentes tipos de **asociacionismo** (cultural, de barrio, deportivo, de ocio, etc.).

Ahora bien, la desintegración de la personalidad y la pérdida de identidad personal, producidas por las vías vistas precede siempre a la búsqueda de una nueva identidad personal positiva. Y con frecuencia se la buscará, o bien en algo que rápidamente pueda proporcionarle al individuo una nueva identidad (una secta, una droga química, etc.) o bien, más frecuentemente, la buscará en unas nuevas relaciones sociales, con la entrada, habitualmente, en un nuevo grupo, grupo cuyas normas y actitudes adoptará rápidamente, a menudo de una forma casi automática y poco crítica, pues lo único que le interesa, a través casi exclusivamente de procesos de comparación social, es ser aceptado en ese grupo, aceptación que le proporcionará el apoyo social, la autoestima y, en definitiva, la identidad personal que tanto ansía. De ahí la importancia crucial que van a tener las normas y actitudes imperantes en esos grupos.

Por consiguiente, el grupo es necesario, pero no necesariamente preventivo de adicción. Puede ser preventivo y puede ser también creador de adicciones.

En suma, lo que en este trabajo he querido señalar es cómo el concepto de **identidad personal** está en el centro de los fenómenos adictivos. En concreto, las personas pertenecientes a grupos sin una clara iden-

tidad (por ejemplo, las minorías socialmente marginadas) o las que teniendo esa identidad la han perdido o está muy deteriorada, como consecuencia de una serie de frustraciones y de acontecimientos vitales particularmente estresantes (adolescencia, fracaso escolar y abandono de la escuela, muerte de una persona particularmente querida, divorcio, pérdida de un empleo que creía vitalicio, etc.) intentarán arduamente **buscar una nueva identidad personal positiva**. Pero como la identidad personal la extraemos de nuestra identidad grupal y social, las personas en esa situación buscarán esa identidad que necesitan en grupos que les den apoyo social, con lo que corren el riesgo de caer en manos de sectas religiosas, políticas o de otro tipo, o en grupos que, dándoles apoyo social, también les exigen una serie de conductas peligrosas (consumo de alcohol o tabaco³, drogas ilegales, etc.).

Por consiguiente, si el origen de las adicciones es esencialmente psicosocial, también deberá ser psicosocial la intervención. Superada la época en que aún se veía el problema de las adicciones como algo exclusivamente **individual**, hoy día, aunque aún se la ve como el nivel principal, ya no el exclusivo, añadiéndose con cierta frecuencia al nivel individual, otros dos niveles: el nivel **microsocial o grupal** y el **macrosocial** (véase Orte, 1993). Pues bien, a mi modo de ver, el error de tal planteamiento está en el mero hecho de separar los tres niveles, cuando realmente, como aquí hemos defendido, están inextricablemente unidos: el concepto de identidad los relaciona con carácter de necesidad.

En todo caso, como apuntan March y Orte (1993, p. 347), podemos constatar “la importancia del triángulo familia-escuela-comunidad, como espacios sobre los cuales construir, de forma coordinada, los programas de prevención de las drogodependencias”, incluyendo, obviamente, también las drogodependencias psicológi-

cas y las sociales. Son muchos los datos existentes que lo confirman, entre los que sólo destacaremos algunos. Así, Brook y cols. (1989) encontraron que la vinculación o intimidad mutua dentro de la familia funciona como disuasor en el uso de drogas. Igualmente, existen trabajos que muestran que los jóvenes que consumen drogas tienen amigos que también las consumen (Leenthal y Clerary, 1980), teniendo lugar casi siempre en grupo el inicio de tal experiencia (Biglan y cols., 1985). Existe, además, una fuerte relación entre el abandono escolar y el consumo de las drogas (Barro y Kolstad, 1987).

Otro claro ejemplo de la unidad familia-escuela-comunidad de que hablába-

mos está en la estrecha relación que existe entre marginación y drogodependencia, sobre todo cuando la marginación lleva, cosa muy frecuente pero no necesaria, a una falta de integración escolar y a serios problemas de identidad. En concreto, con frecuencia la marginación conlleva serios problemas y hasta ruptura en la identidad de las personas marginadas lo que, a su vez, les empuja a buscar una nueva identidad, y a menudo la creen encontrar a través de una fuerte dependencia hacia sustancias químicas, hacia personas, hacia grupos o hacia ideas. Por tanto, y con ello concluyo, probablemente sea reduciendo los problemas de marginación como mejor trabajaremos para prevenir el problema de las adicciones.

NOTAS

¹ Véase un programa de intervención comunitaria para la prevención del consumo de drogas en adolescentes en Pinazo, Lila y Berjano (1993), así como, en estos mismos autores (Lila, Pinazo y Berjano, 1993), la importancia del asociacionismo juvenil como forma de cambiar las actitudes hacia el consumo de drogas en los adolescentes.

² Por ejemplo, suele ser particularmente amenazante para la identidad personal de los estudiantes el hecho de pasar, como suele ser tan frecuente, de un centro de Enseñanza Media, generalmente privado-religioso, altamente disciplinado, con un horario rígido de clase y de estudio y con un fuerte control exterior sobre la conducta de los estudiantes, a un centro universitario público, donde no existe ni tal disciplina ni tal control externo y donde la libertad es la norma y el control debe ser auto-control.

³ Como hace poco escribía Alonso Balosa (1995), del Comisionado para la Droga de la Junta de Andalucía, la gente no suele tener conciencia de que las drogas legales sean realmente drogas. Así, escribe Balosa (p. 268): "en la última encuesta de población sobre el consumo de drogas en Andalucía, sólo un 2,9% de los andaluces menciona el alcohol como droga; el 1,9% el tabaco; el 2%, las anfetaminas; el 0,3%, los hipnosedantes, quedando totalmente excluidos los analgésicos de esta consideración, pese a ser la tercera sustancia de mayor consumo, sólo precedida del alcohol y tabaco".

BIBLIOGRAFÍA

- Arent, H. (1951): *The origins of totalitarianism*, London: Allen-Unwin.
- Balosa, A. (1995): Las drogodependencias: Análisis y abordaje, en M.P. Gualda, J.F. Delgado y A. Rodríguez (Eds.): *Avances en política social*, pp. 267-274. Granada: Diputación Provincial.
- Barro, S.M. y Kolstad, A. (1987): *Who drops out of high school? Findings from high school and beyond*, Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- Berger, P., Berger, B. y Kellner, H. (1975): *Das unbehagen in der modernität*, Francfort: Campus.
- Berjano, E. y Musitu, G. (1988): La intervención comunitaria en el uso y abuso del consumo de drogas, en A. Martín, F. Chacón y M. Martínez (Eds.): *Psicología Comunitaria*, pp. 355-365. Madrid: Visor.
- Biglan, A., Weissmann, W. y Severson, H. (1985): Coping with social influences to smoke, en S. Shiffman y T.A. Wills (Eds.): *Coping and substance use*, Londres: Academic Press.
- Blondel, CH. (1928): *Introducción a la psicología colectiva*, Buenos Aires: Troquel, 1966.
- Brook, J.S., Whiteman, M., Gordeon A.S. y Cohen, P. (1989): Changes in rug involvement: A longitudinal study of childhood and adolescent determinants, *Psychological Reports*, 65, 707-726.
- Brown, J.A.C. (1972): *Técnicas de persuasión*, Madrid: Alianza.
- Cervera, S. (1975): *Un signo de nuestro tiempo: Las drogas*, Madrid: Editorial Magisterio Español.
- Coleman, J.C. (1985): *Psicología de la adolescencia*, Madrid: Morata.
- Edelman, M. (1964): *The symbolic use of politics*, Urbana: University Illinois Press.
- Erickson, E. (1968): *Identity, Youth and Crisis*, Londres: Faber.
- Erickson, E. (1969): The problem of ego-identity, en M. Gold y E. Douvan (Eds.): *Adolescent Development: Readings in Research and Theory*, Boston: Allyn and Bacon.
- Festinger, L. (1954): A theory of social comparison processes. *Human Relations*, 7, 117-140.
- Fromm, E. (1941): *Miedo a la libertad*, Buenos Aires: Paidós, 1976.
- Garzón, B. (1995): Política general en materia de drogodependencias en España, en M.P. Gualda, J.F. Delgado y A. Rodríguez (Eds.): *Avances en política social*, pp. 97-101. Granda: Diputación Provincial.
- Habermas, J. (1981): *New Social Movements*, *Telos*, 49, 33-37.
- Horn, K. (1973)(Ed.): *Gruppendynamik entsublimierung oder politische praxis*, Francfort: Suhrkamp.
- Javaloy, F. (1993): El paradigma de la identidad social en el estudio del comportamiento colectivo y de los movimientos sociales, *Psicothema*, Vol. 5 (suplemento), 277-286.
- Klapp, O. (1969): *Collective search for identity*, New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Kornhauser, W. (1959): *The politics of mass society*, New York: Free Press.
- Laurie, P. (1979): *Las drogas*, Madrid: Alianza.
- Leventhal, H. y Clary, P.D. (1980): The smoking problem: A review of the research and theory in behavioral risk modification, *Psychological Bulletin*, 88, 370-405.
- Lila, M.S., Pinazo, S. y Berjano, E.(1993): Las asociaciones juveniles como mediadoras en el cambio de actitudes hacia el consumo de drogas de los adolescentes, en M. F. Martínez (Ed.): *Psicología Comunitaria*, pp. 387-398. Madrid: Eudema.
- Löwenthal, R. (1979): *Gesellschaftswandel und Kulturkrise: Zukunftsprobleme der westlichen demokratischen*, Francfort: Fischer Taschenbuch.
- Mann, P. (1991): *L'action collective. Mobilisation et organization des minorités actives*, Paris: Colin.
- March, M.X. y Orte, C. (1993): Una metodología para la evaluación de programas de prevención de las drogodependencias, en M. F. Martínez (Ed.): *Psicología Comunitaria*, pp. 343-352. Madrid: Eudeba.

- Melucci, A. (1989): *Nomads of the present: Social movement and individual needs in contemporary society*, London:
- Nedde, R.H., Su, S. y Doherty, W.J. (1990): Divorce, remarriage and adolescent substance use: A prospective longitudinal study, *Journal of Marriage and the Family*, 52, 157-169.
- Orte, C. (1993): Elementos para la construcción de un modelo predictivo de la conducta adictiva, en M. F. Martínez (Ed.): *Psicología Comunitaria*, pp. 333-342. Madrid: Eudema.
- Ovejero, A. (1988): *Psicología Social de la Educación*, Barcelona: Herder.
- Ovejero, A. (1990): *Aprendizaje cooperativo: Una alternativa eficaz a la enseñanza tradicional*, Barcelona: PPU.
- Ovejero, A. (1993): Entrenamiento de habilidades sociales en niño: Su utilidad para niños de integración, en F. Loscertales y M. Marín (Eds.): *Dimensiones psicosociales de la educación y de la comunicación*, pp. 229-240. Madrid: Eudema.
- Ovejero, A. (1994): Cómo enfrentarnos a los problemas de la integración escolar: Una alternativa psicosocial a la educación especial, *Revista Galega de Psicopedagogía*, 8/9, 67-80.
- Ovejero, A. (1995): El contexto de la educación: El grupo y su dinámica, en S. Lemos, F. Martín, A. Ovejero y R. Rodríguez: *Dimensiones psicológicas en la educación secundaria*, pp. 181-208. Universidad de Oviedo: I.C.E.
- Ovejero, A. (1997): *El individuo en la masa: Psicología del comportamiento colectivo*, Oviedo: Nobel.
- Ovejero, A. (1998): Habilidades sociales y su entrenamiento en el ámbito escolar. en P. Gil y J.M. León (Eds.): *Entrenamiento de las habilidades sociales*, Cap. 8. Madrid: Síntesis.
- Ovejero, A. (1999): *La nueva psicología social y la actual postmodernidad: Raíces, constitución y desarrollo histórico*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Pinazo, S., Lila, M.S. y Berjano, E. (1993): Programa de intervención comunitaria para la prevención del consumo de drogas en adolescentes, en M. F. Martínez (Ed.): *Psicología Comunitaria*, pp. 375-386. Madrid: Eudema.
- Pizzorno, A. (1978): Political exchange and collective identity in industrial conflict, en C. CROUCH Y A. PIZZORNO (EDS.): *The resurgence of class conflict in Western Europe since 1968*, Vol. 2, pp. 277-298. London: MacMillan.
- Schachter, S. (1959): *The psychology of affiliation: Experimental studies of the sources of pregariousness*, Stanford, Ca.: Stanford University Press.
- Tarde, G. (1890): *Les lois de l'imitation: Etude sociologique*, Paris: Alcan.
- Touraine, A. (1974): *Introducción a la sociología*, Barcelona: Ariel.
- Zipf, S.G. (1960): Resistance and conformity under reward and punishment, *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 61, 102-109.
- Zimbardo, Ph. D., Haney, C., Banks, W.C. y Jaffe, D. (1986): La psicología social del encarcelamiento: Privación, poder y patología, *Revista de Psicología Social*, 1, 95-105.